

Las propias sombras

Final de temporada

DIEGO AGUDELO GÓMEZ

JUAN DAVID QUINTERO ARENAS

(ilustración)

Tragaluz, Medellín, 2020, 146 pp., il.

PARA LOS orientales el equilibrio está en la sombra, lo ideal es el balance tenue, mientras que en Occidente la armonía está en lo blanco, el candor representa lo puro. Estos son paralelos que se combinan en *Final de temporada*, una colección de diez historias entre realidad y distopía, arte y ciencia, lo temible de las nuevas tecnologías y la fragilidad humana. Escritos por Diego Agudelo e ilustrados por Juan David Quintero, los relatos están inspirados en poemas, bocetos, dibujos y pensamientos que el cineasta japonés Seishin Kotaro inmortalizó en sus cuadernos antes de morir. El narrador del libro consiguió uno de estos ejemplares en una subasta clandestina en internet y, desde su universo, quiso rendirle homenaje al maestro y a su obra concluyendo con imaginación los sueños que Kotaro no alcanzó a realizar.

A Philip Dick le cambió la vida. Los mundos superpuestos y las experiencias psíquicas a las que se refirió el escritor estadounidense en sus novelas y discursos fueron lo que motivó a Kotaro a dedicarse por entero al cine. “Si creen que este mundo es malo, deberían ver alguno de los otros” (p. 10), escribió Dick, y con este influjo Kotaro se dedicó a combinar realidades y planos de existencia en sus películas, a dibujar el poder de las fuerzas invisibles y a manifestar la concepción circular del tiempo en su trabajo. La relación entre la experiencia mística y la vida cotidiana se manifiesta en estas historias que nos adentran en una especial comunión de culturas y paradigmas.

En el primer relato de esta colección, el narrador convirtió a Junko Fuji, una reconocida actriz japonesa que Kotaro admiraba, en la protagonista de una de las películas. Ella es una geisha que, por azares de los bombardeos atómicos de 1945, crece protegida por Shinoda, un patriarca de la mafia japonesa. Él quedó encantado desde que la vio por primera vez, de niña, por la especial característica de su piel nacarada, como si hubiera visto en ella

un lienzo dispuesto para ser dibujado en *horimono*, una técnica ancestral de tatuado bastante dolorosa, propia de esta cultura criminal, que dejaría en ella un legado malvado.

El misticismo que permea las tradiciones orientales se expresa con sensibilidad en la historia de Benji, un niño escultor de figuras de hielo, quien aprendió de su abuelo el arte de tallar. El autor se refiere a estas piezas como “bloques errantes”, figuras que son consideradas las mejores en el Festival del Hielo, aunque Benji, el pequeño artista, nunca es premiado en el concurso. Tal vez uno de sus trabajos más destacados es aquel en el que esculpió al *kaiju*, una figura envuelta en “nubes cargadas de nieve” y “fulgor fosforescente” que aplastó a los pobladores al salir del lago. Pero su gigante silueta de luz no tuvo el propósito de dañar a nadie, pues parece ser que la criatura solo salió a explorar el mundo después de despertar de un sueño que duró mil años.

Darle vida a lo inanimado era una de las obsesiones de Kotaro y el narrador lo representa en “Diorama”, relato en el que el mundo personal de un artista creador de maquetas en miniatura parece imbuir la realidad de su gran amigo, quien, al parecer, termina siendo parte de los delirios obsesivos de este artista. La creación es su necesidad, pero, ¿cómo no perder la cabeza cuando se está demasiado encerrado en sí mismo?

En la historia “Hambre de moscas”, el profesor Gastón Cross se aísla del mundo corriente por vivir hermético en el suyo, donde lleva años investigando y desarrollando un algoritmo que permitiría una comunicación con el futuro. Pero ninguno de los miembros del comité universitario quiere conocer su trabajo al encontrarlo carente de sustento. Entonces él decide publicar un video en internet en el que habla de sus hallazgos, y lo que recibe son insultos y burlas por su apariencia física; también le llegan memes y remixes que hacen con su voz. Lo único favorable que le ocurre al científico es la visita de un estudiante que se acerca a su casa para decirle que le cree. Lo que mejor nos hace sentir es ser comprendidos, y este relato demuestra la necesidad, al menos, de ser escuchados por alguien. El autor se refiere a la especie humana como “parasitaria”, una que actúa con el “hambre de las moscas”.

El último relato de esta colección, que da título al libro, está dedicado exclusivamente a Kotaro. Un crítico de arte se refiere al cineasta como “un ser humano con anomalías fascinantes” (p. 133). Lo evidente es que fue una persona frágil que, frecuentemente, se encontraba frustrada en medio de sus ambiciones y verdaderos alcances, algo de lo cual Diego Agudelo, creador del ficticio cineasta Seishin Kotaro, impregnó a los protagonistas de sus historias.

Los finales abiertos, tal vez con el ánimo de no salirse del lenguaje de su maestro, son comunes en esta colección, donde ocurre una “transmutación entre los personajes que impide reconocer quién es quién” (p. 138). En uno de los poemas de Kotaro a los que el narrador tuvo acceso se lee: “El futuro es una tormenta lejana /el presente ramas extendidas hacia la llovizna” (p. 145), un panorama de una esperanza estéril, pero que el narrador redime al decir: “Qué maravillosa oportunidad sería regresar al origen cognitivo de la humanidad. La mente como un mapa en blanco, la imaginación como un territorio para cultivar los saberes, reescribir nuestro destino y redirigirlo hacia un nuevo rumbo” (p. 71).

Final de temporada es una colección de historias insólitas, narradas con lirismo, a ratos inocentes, a ratos crueles, con una narrativa que deja ver el afán de Occidente, la búsqueda por alcanzar verdades, frente a las costumbres y creencias orientales que pueden resultar más reflexivas y pasivas. Percibo estos relatos como un llamado a estar más atentos a las sombras, a procurar el balance y no dejarse llevar demasiado por las ideas propias y las ambiciones ciegas.

En Occidente es común tirar a la basura las piezas rotas, mientras que en Japón las reparan con *kintsukuroi*, técnica del siglo xv en la que se utiliza una laca dorada para juntar las partes. Estas líneas de brillo opaco saltan a la vista como cicatrices, algo que refleja la filosofía de vida en Oriente, y que hace reflexionar sobre la facilidad con la que es posible arreglar las fisuras, juntar las propias sombras.

Laura Latiff